

UNA NOCHE, ESA NOCHE

Relato de Juana Cortés Amunarriz

Esa noche el general Maroto se despertó sobresaltado, empapado en sudor. La angustia le brotaba por cada uno de sus poros. Ya están cerca, a quince o veinte kilómetros, se dijo. Su mujer dormía tranquilamente a su lado, el rostro relajado, los labios ligeramente abiertos. Sentía un presagio funesto, el olor a desgracia impregnaba el ambiente. ¿Cuánto tiempo tardarían en llegar? Dependía de la resistencia que ofrecieran los soldados. Primero les habían ordenado replegarse para buscar un lugar mejor desde el que protegerse, pero poco después les habían animado a defender la posición, a pesar de que no contaban más que con unas penosas trincheras excavadas en aquella tierra seca y dura. Corría el mes de octubre, y aquella era la primera noche verdaderamente fría. El general abrió la ventana y sintió la humedad abrazando su garganta con sus dedos mojados. Su mujer tuvo un escalofrío; la vio revolverse en la cama, buscando la protección de las mantas que pronto ocultaron su perfil. Cerró la ventana con un estremecimiento. Sus pasos le llevaron al baño y, bajo la luz mortecina, buscó su navaja de afeitar. Le impresionaron sus ojos hundidos, el rostro impasible, sin color, la mirada apagada, cuajada de cera fría, cuando se vio reflejado en el espejito. Sostuvo la navaja, hasta ahora amiga, entre las manos. La navaja fría, pesada, que conocía su piel después de muchos años, sus pliegues, la curvatura de la barbilla, la caída del cuello, salvando siempre una pequeña verruga. El general recorrió la casa de habitación en habitación, con el sigilo de un fantasma. Los niños dormían. El perro, viejo y casi ciego, dormía. Las tropas enemigas avanzaban, y anticipaban el placer de la futura victoria.

Esa misma noche, u otra noche similar, el soldado Cifuentes reposaba en el lecho junto a Isabela. El chico había sido reclutado para ir al frente en el último minuto; se necesitaba el mayor número de hombres, la victoria era inminente. Hasta ese mismo momento había creído que, a causa de su condición de tullido, se había librado de las atrocidades que otros habían vivido. Cifuentes tenía una pierna siete centímetros más

corta que la otra. Siempre se había sentido un ser inferior, y su carácter introvertido le había hecho dependiente del juicio ajeno, a menudo cruel e injusto. Pero el petate listo, el uniforme listo, le decían que su suerte había cambiado. Esa noche el pobre cojo era un hombre más, un soldado más, condenado a jugarse su vida. Y por eso Isabela dormía a su lado, a pesar de su pie volador, con aspecto de paloma enferma. Isabela se lo había encontrado en la estación y se había ofrecido para acompañarle, a él que ni siquiera sabía dónde pasar la noche. Finalmente le había llevado a su casa. Es modesta, le había dicho la joven disculpándose. Hacía tiempo que no había carbón para la estufa, pero el café, aguado, sirvió para calentarles. Antes de acostarse con él, Isabela había besado los párpados de Cifuentes, como hacen las madres o las novias vírgenes. Mientras la joven dormía, Cifuentes escuchaba el ritmo de su propia respiración. No conseguía descansar y se abrazaba a Isabela, asustado, sabiendo que al día siguiente portaría un fusil que no sabía disparar, y ostentaría una rabia que le era desconocida.

Esa noche de octubre, fría, la misma noche, o una noche similar, todas las noches convertidas en la misma noche, la noche del miedo, la noche en la que faltaba poco para que la guerra terminara, era inminente el fin, eso decían los futuros vencedores, y lo mismo repetían los futuros vencidos, Isabela escribía una carta bajo la luz de una vela. Isabela, pequeña y hermosa mujer, que no sólo había perdido a su marido en la guerra, sino también a su pequeña hijita, que no había sobrevivido a aquel tiempo de calamidades. Durante meses la joven se había dedicado a animar a los soldados que salían desde su ciudad hacia el frente, chicos que encontraba perdidos, con aire huidizo, asustado, algunos bebidos, forjando su valor en tragos de coñac. Muchachos que ella llevaba a su apartamento y allí los animaba, como había animado a su marido desaparecido. Isabela hacía la guerra a su manera, todo el mundo lo hacía. La guerra era una atmósfera, estaba en el aire que respiraban y en el agua que bebían. Todo sabía a guerra. Y ella había puesto su cuerpo al servicio de su patria. Su coño era trinchera. Sus pechos lomas tras las que esconderse, sobre las que descansar suavemente. Sus brazos y sus piernas la orografía de la esperanza. Reconfortaba así a sus soldados, con su bello cuerpo y sus labios calientes. Isabela enamoraba a aquellos futuros héroes, o futuros hijos de puta, o simplemente futuros muertos, nunca se sabía. Y antes de que se fueran por la mañana, un beso dulce, muy dulce, una despedida triste, los cuerpos todavía adormecidos, traspasados por las sensaciones placenteras, Isabela

apuntaba sus nombres en una libretita. Los nombres, tras los cuales, cuando sus amantes habían desaparecido, escribía sus características, sus secretos. Porque los hombres temerosos confesaban sus debilidades con la facilidad y la dedicación con la que los niños tiran piedras al río. Luego, días después, Isabela escribía, querido, querido mío, espero que estés bien, espero que seas fuerte, espero que la suerte te acompañe, o que los santos te protejan. Cartas todas parecidas, como las noches, cada vez más frías, como los días cada vez más cortos. Cartas que a veces llegaban a su destinatario, y le calentaban el corazón, pero otras veces quedaban en el montón de la correspondencia que había que devolver con una marca siniestra sobre los sobres blancos. E Isabela, cuando recibía de vuelta esas cartas, tachaba el nombre en la libretita con el lapicero, hacía la señal de la cruz a un lado y seguía escribiendo, o buscando jóvenes a los que alentar su valentía. Incansable.

Esa noche, que era igual a otras noches, igual a noche pasadas, y a noches futuras, noches de tensa espera, atronaban las ráfagas de las ametralladoras. Los hombres corrían, se arrastraban, se empujaban y gritaban, se animaban los unos a los otros. Lloraban, tiraban de los heridos cogiéndolos por los pies, los abrazaban, se morían. Se morían. Y el general Maroto cumplía con lo que creía su deber, él que había luchado en el frente, él que sabía cómo eran las cosas, cómo era el infierno. Había luchado durante varios años, hasta que había sido retirado por problemas mentales. Ya nadie se fiaba de él. Maroto anda mal de la cabeza, decían. Cualquier día Maroto hace alguna gorda... ¿Cuánto te apuestas a que acaba fusilado? Realmente le daba igual apuntar a unos y a otros, disparar a unos y a otros. No distinguía cuál era el enemigo. Enemigo era cualquiera que le mirase a los ojos, que se cruzara en su camino. Le mandaron a su casa, con los suyos, para que reposara. Le retiraron las armas. Y ahora él sabía lo que le esperaba. El ejército enemigo avanzaba, revolcándose en el barro, revolcándose en charcos de sangre y vísceras. Avanzaban escondiendo la cabeza, que un disparo haría explotar como un melón. Avanzaban. El general Maroto sabía lo que hacían con las mujeres y los niños, con los civiles que caían prisioneros. Sabía, él lo sabía bien, que el miedo y el alcohol envalentonaban a los vencedores, que hasta hacía bien poco habían sido los vencidos, y se cobraban su victoria en carne. No había escrúpulos. Todo lo que un día respetaron se había quedado en el camino, hundido en el barro. Todo. El general Maroto cogió la navaja que siempre llevaba en el bolsillo. Era

una noche fría de octubre, como muchas noches anteriores, y muchas otras que llegaron después.

Esa noche, precisamente esa noche, al entrar en aquel pueblo, uno más en su avance hacia la capital, pronto llegaría la gran victoria, Cifuentes no aguantó más. Ni siquiera pensó en ello, no tenía capacidad para el discurso, para los argumentos, fue su cuerpo el que tomó la decisión, el que saltó y, rompiendo una ventana, entró de cabeza al interior de aquella casa, que era una de las pocas que no ardía. ¿Cuánto tiempo tardarían las llamas en alcanzarla? Imaginó que sus habitantes habían huido despavoridos, y se cobijó él mismo en una esquina, bajo una mesa de la que ya nunca volvería a ser una casa acogedora. No quería disparar más. No quería recoger heridos, con las tripas fuera, sin ojos, trozos de carne que gritaban, que saltaban entre sus brazos en los últimos estertores. No quería ver más muertos, harto, cansado, desquiciado. Y no quería morir. Pensó en Isabella, en sus bonitos ojos y sus bonitos pechos. Los cojos tienen suerte, le había dicho la chica. Él había sonreído. El pie sano le dolía; se había torcido el tobillo al caer. Quería dormir, sólo dormir, y soñar que descansaba de nuevo junto a Isabella. Entonces escuchó unos pasos en el piso de arriba, y se encogió asustado. Siempre le sucedía. Antes de disparar, degollar, golpear, llegaba el miedo, el miedo a ser abatido, degollado, golpeado. Por eso actuaba, porque el miedo le decía, elige. Elige. Y uno elegía la vida, no había otra. Luego escuchó un grito, y antes de poder pensar, corría como podía, arrastrando su pie malo, arrastrando su pie bueno, con el fusil entre las manos. Volvió a escuchar un grito, y cuando llegó a la planta superior vio a una mujer que golpeaba a un hombre vestido con el uniforme enemigo. Una mujer madura, con el rostro desfigurado, con los ojos muy abiertos, con la boca también muy abierta, boca agujero, guarida, de la que escapaba el grito animal. Le llamó cabrón, le dijo cómo has podido hacerlo, mientras le golpeaba en el pecho, y lloraba, todo al mismo tiempo. El hombre, inmutable, la sujetó con sus poderosos brazos, le dio la vuelta y la apoyó contra él. Antes de que Cifuentes pudiera reaccionar, le había rebanado el cuello con una navaja y ella se desvanecía, despacio. Al caer dobló las rodillas y luego se inclinó, hasta que la cabeza se golpeó contra el suelo quedando en la postura de una penitente. Cifuentes disparó. Disparó varias veces. El general se desplomó como un fardo, con un golpe sordo.

Esa noche, una horrible noche, como muchas otras en aquel tiempo del demonio, Cifuentes recorrió las habitaciones de aquella vivienda, arrastrando ahora un pie, luego el otro. Y su corazón se estremeció una vez, y otra, y otra más, al encontrar su trágico contenido, algo terrible, incluso horrible para él, un soldado que había visto de todo en tan sólo unas semanas. Afuera se oían gritos, caían granadas que explotaban, que rompían los tímpanos, había fuego, más fuego, pero Cifuentes seguía investigando, atrapado por el horror de lo que iba descubriendo. Los niños parecían dormir, pero tenían los ojos muy abiertos. Ojos que habían visto algo que no podían entender. ¿Por qué, papá? Se había preguntado el hijo mayor, que tenía sólo doce años. La sangre empapaba las sábanas. Los ojos abiertos. Un niño, y otro, y otro. También había dos niñas, que yacían juntas y rígidas en la misma cama, niñas que poco tiempo antes dormían abrazadas. Los cabellos rubios, los camisones de lino, las zapatillas, y algún juguete en el suelo, una muñequita, o una pelota. Cifuentes pensó que aquel perro, también degollado, añadía un punto de humor macabro. Al entrar en la habitación principal le pareció que algo se movía en una cuna. Se acercó. Levantó suavemente la tela, y vio el rostro de una chiquilla que le miraba fijamente. No tendría más de cuatro meses. Le miraba y callaba, agitando sus puños cerrados.

Y una noche como esa, similar a esa, y a otras, Cifuentes corrió con la niña entre los brazos, sosteniéndola pegada a su pecho. Corrió a pesar de sus pies doloridos. Corrió y su sombra era un espantajo, que parecía a punto de caer, pero no caía, y avanzaba en dirección contraria a la de los valientes soldados que se proclamarían victoriosos en poco tiempo. Y corrió sobre el campo regado con la sangre de los caídos, sangre que quizás había pertenecido a cada uno de los nombres junto a los cuales Isabela había pintado una cruz en el margen de su libretita. Corrió sobre el cadáver del amado esposo de la joven que nadie identificó y acabó en una fosa común, junto a una prostituta, un capellán, dos gatos, una vaca y doce soldados más. Corrió junto a los barracones de donde hacía ya unos meses las nuevas fuerzas victoriosas habían liberado a las prisioneras, mujeres con la cabeza rapada y los ojos color ceniza. Mujeres que trabajaban haciendo munición hasta caer rendidas, con las manos llenas de ampollas, los dedos retorcidos, los ojos arrasados por el cansancio. Mujeres que, si llegaban preñadas, o si las preñaban allí, parían en silencio, con los ojos muy abiertos, con las piernas muy abiertas. Parían entre ratas, entre escombros, entre muertos. Cifuentes corrió junto a los

barracones, ahora vacíos, y escuchó el llanto de los recién nacidos. Y siguió corriendo con la niña que había salvado, o robado, o no sabía bien qué. Y cuando lloraba le metía el dedo en la boca, o se la colgaba del pezón seco, masculino, que la niña mordisqueaba con las encías todavía vacías de dientes. Y si conseguía leche en algún pueblo –quién eres, qué haces aquí, ¿no serás un desertor?, andan buscando a los desertores, les cuelgan boca abajo, dejan que los buitres les arranquen los ojos- se la daba a la niña, la llenaba de leche hasta que el líquido blanco caía de su boca, y seguía corriendo. Y eso fue lo que hizo, durante un tiempo largo, denso, inabarcable, correr y correr. Hasta que esa noche, una noche fría, una noche espantosa, como todas lo eran, cada una con su propia fealdad, con sus propios monstruos, antes de parar para descansar, antes de encontrar un sitio adecuado, pisó una mina, que lo lanzó por los aires. La niña voló por los aires, como voló la pierna coja, y Cifuentes también voló, convertido en lechuza, hacia el cielo negro, cuajado de estrellas diminutas, el silencio roto por el rugido del monstruo que dormía bajo la tierra inocente.

Esa noche, fría, oscura, terrible, alguien llamó a la puerta de Isabela, que dormía sola, ya no llegaban soldados, ya no escribía apenas cartas, la lista repleta de pequeñas cruces, y la joven se levantó cubriendo su camisón con una chaqueta de lana. Y allí estaba un hombre que le miraba fijamente. ¿Es usted Isabela Donovan?, preguntó. La joven asintió, observando el uniforme del emisario. Su aire cansado. Isabela llevaba meses recibiendo noticias, siempre malas noticias, y por eso hizo un esfuerzo para no cerrar la puerta y escuchar lo que aquel hombre tenía que decirle. Su marido. Su hija... Están en un hospital a unos cincuenta kilómetros, dijo. Se equivoca, contestó Isabela, sobreponiéndose a la mención de sus seres queridos. Hacía tiempo que no lloraba, seca, muy seca por dentro. Ellos están más lejos. Están en el cielo, contestó. El soldado le contó que su marido había pasado algunas semanas en estado crítico. Los médicos no sabían cómo ha salido adelante; parecía un milagro. Había perdido una pierna. Estaba desfigurado y confuso; tenía problemas de memoria. La niña había tenido más suerte. Su padre la había lanzado por los aires y había ido a caer sobre una montaña de hojas secas. No es posible, musitó Isabela, sintiendo que se mareaba. ¡Por el amor de Dios, señora! Necesitan verla. ¿Cuál era el nombre de su marido? Él ni siquiera lo sabe... Mi marido está muerto, insistió la joven. ¿Y el de su hija? Él la llama la niña. Siempre habla de la niña, la niña esto, la niña lo otro. Sara, contestó Isabela con los ojos llenos

de lágrimas. Su nombre es Sara. El hombre le dijo que al día siguiente, por la mañana temprano, pasaría a buscarla. Le aconsejó que intentara dormir. Necesita descansar; está usted muy pálida.

Antes de irse, el emisario se dio la vuelta. Hasta ahora todas las noches me parecían la misma noche, dijo en un susurro. Todas eran igual de frías, de tristes, de espeluznantes. ¿Sabe de lo que hablo? Isabela asintió. Ella, y todos los que habían sufrido la guerra lo sabían. ¡Cómo escapar a aquella noche perpetua, que les asfixiaba, que les hermanaba con los roedores! Pero esto va a cambiar, dijo el soldado intentando sonreír. Abriendo los labios. ¡Qué mueca tan extraña, esa esperanza recién nacida en su boca! ¿No se ha enterado? ¿Realmente no está al tanto? ¿No sabe de qué hablo? Le preguntó. El frío lamía las piernas desnudas de Isabela bajo el camisón. Querida señora, esta noche, precisamente esta noche, se ha firmado el armisticio. Ella cayó de golpe, sobre sus rodillas, y sintió un fuerte dolor, como si se le hubieran astillado los huesos. Entonces... musitó Isabela, alzando el rostro, como si estuviera rezando a aquel dios vestido de soldado. Entonces... El emisario le confirmó, sosteniendo sus manos temblorosas, la noticia que acababa de darle. ¡Levántese del suelo, señora! ¡Levántese! ¿No ve que la guerra ha terminado?